

PSICOLOGÍA Y NEOLIBERALISMO: GOBIERNO DE SÍ Y DE LOS OTROS¹

Psychology and Neoliberalism: The Governance of Oneself and of the Others

JULIANA BERRÍO ESCUDERO², MARÍA JOSÉ FRANCO AGUIRRE³ Y DANIELA SUÁREZ ZÁRATE⁴

<https://doi.org/10.17533/udea.rp.e.347163>

Resumen

En este artículo de reflexión derivado de investigación analizamos cómo la disciplinización de la Psicología ha respaldado los intereses gubernamentales del neoliberalismo. Con la ontología del presente como guía metodológica, inicialmente argumentamos cómo la Psicología ha sido funcional para el gobierno de los individuos en las últimas décadas, toda vez que la inserción de prácticas y conocimientos psicológicos en el ámbito gubernamental transformó el abordaje que se hace de las problemáticas individuales y sociales, impactando tanto la intimidad de las personas, como la vida comunitaria y políti-

ca. Con base en lo anterior, concluimos que la psicologización de la cotidianidad desestima el componente sociopolítico de la vida y produce una culpa generalizada que aparece como respuesta a la sensación de insuficiencia permanente de los sujetos. Finalmente, presentamos algunas posibilidades de fuga frente al ciclo de sufrimiento que acarrea la amalgama entre la gubernamentalidad contemporánea y la cultura terapéutica.

Palabras clave: Psicología, gobierno, neoliberalismo, individualismo, autogestión.

Recibido: 16-07-2021 / Aceptado: 05-11-2021

Para citar este artículo en APA: Berrío, J., Franco, M.-J. y Suárez, D. Psicología y neoliberalismo: gobierno de sí y de los otros. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 13(2), e347163. Doi: <https://doi.org/10.17533/udea.rp.e.347163>

¹ El presente artículo informa de resultados parciales de la investigación *Psicología positiva, gobierno y subjetivación: una ontología del presente*, la cual se realiza en el marco de la Maestría en Psicología de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia).

² Estudiante de Maestría en Psicología de la Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. Correo: juliana.berrie@udea.edu.co; <https://orcid.org/0000-0002-8219-3576>

³ Estudiante de Psicología de la Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. <https://orcid.org/0000-0003-2748-8416>

⁴ Estudiante de Psicología de la Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia. <https://orcid.org/0000-0003-3973-8777>



Abstract

In this reflection article derived from research, we analyze how the disciplinarization of Psychology has supported the governmental interests of neoliberalism. With the ontology of the present as a methodological guide, we initially argue how Psychology has been functional for the government of individuals in recent decades, since the insertion of psychological practices and knowledge in the governmental sphere transformed the approach that is made of the individual and social problems, impacting both the intimacy of people, as well as community and politi-

cal life. Based on the above, we conclude that the psychologization of everyday life dismisses the sociopolitical component of life and produces a generalized guilt that appears as a response to the subjects' feeling of permanent insufficiency. Finally, we present some possibilities of escape from the cycle of suffering brought about by the amalgamation between contemporary governmentality and therapeutic culture.

Keywords: Psychology, governance, neoliberalism, individualism, self-governance.

Introducción

Siguiendo a Foucault (2001) en la idea de que gobernar es conducir la conducta de los otros, hemos podido pensar el funcionamiento actual de la Psicología⁴ como tecnología de gobierno. En efecto, tal disciplina ha sido señalada en varias oportunidades como un campo de saber orientado a la normalización de los individuos (Bedoya, 2018; Rose, 1996) a través del desarrollo e implementación de técnicas que logran llevar su discurso a múltiples ámbitos de la cotidianidad en los que indica cómo se debería conducir la vida humana, así, se erige como tecnología de gobierno (Rose, 1996). Esto se ha dado no solo mediante la psicologización de la vida cotidiana, sino también por la promoción de la exaltación de la subjetividad y el auge contemporáneo del yo (Álvarez-Uría, 2006), lo que ha generado la individualización de la sociedad y la privatización de los malestares subjetivos (Papalini, 2013). Así, consideramos que los efectos de la dinámica actual de la Psicología resultan funcionales a

⁴ Si bien a lo largo del texto se habla de la Psicología en términos generales, se reconoce que al interior de la misma han emergido posturas críticas que ponen en debate el objeto, la metodología y las prácticas de la disciplina. Sin embargo, al mencionar aquí a la Psicología, nos referimos en realidad al discurso psicológico, aquel que interpreta a los seres humanos en términos psicológicos. Creemos que es este el que se configura como tecnología gubernamental al poner como objeto las subjetividades. Aclaramos también que este artículo no busca proponer psicologías alternativas ni pone en cuestión la cientificidad de este campo de saber, sino que pretende analizar cómo su discurso y prescripciones producen formas de vida. Con esto, al hablar de Psicología, estamos pensando como Nikolas Rose cuando se refiere a las *psicociencias* como el conjunto de disciplinas cuyo nombre empieza con el prefijo “psi” (Rose, 1996).

la gubernamentalidad neoliberal, cuyo sostenimiento requiere el fomento de discursos y prácticas que conduzcan a la despolitización y al rompimiento de los lazos sociales (Bedoya, 2018; Brown, 2017; Laval y Dardot, 2013).

Complementándose con saberes como la estadística y la experimentación, desde el siglo XIX la Psicología se ha fortalecido como campo disciplinar validado por la ciencia y la autoridad social. De esta manera, ha sido capaz de producir verdades sobre lo humano que funcionan como instrumento de gobierno en tanto ofrecen pautas para clasificar, calcular y manejar las vidas individuales coordinadamente con los intereses de las autoridades encargadas de la administración de las colectividades (Rose, 1991), las cuales tienen entre sus objetivos la creación de sujetos dóciles y productivos.

Esta psicologización de la vida social consiste en que es el espacio psicológico profundo el que ofrece una ruta de comprensión sobre lo social, de modo que lo individual es la fuente de explicaciones sobre lo que ocurre (Papalini, 2013). Esto se evidencia en el protagonismo que tienen en la sociedad actual prácticas y conocimientos del campo de la Psicología; es en el yo donde ahora recae la responsabilidad de crear soluciones a las contingencias, mientras se desdibuja el papel de las instituciones tradicionales y se traslada a cada sujeto la tarea de gestionar y proveerse los recursos necesarios para el sostenimiento de su vida. Los efectos de esto no son escasos ni superficiales: la culpa, el agotamiento y la insuficiencia son sentimientos comunes entre aquellos que solo se tienen a sí mismos como referente para encontrar razones de sus malestares y fracasos (Laval y Dardot, 2013).

Tales enunciados dejan entrever la estrecha relación que mantienen la Psicología y el gobierno neoliberal, en tanto este último promueve la competitividad y la gestión individualizada del “propio capital humano” para convertirse en “empresario de sí” (Castro-Gómez, 2010; Foucault, 2007) y el discurso psicológico se ha afianzado como sustento científico de tales valores empresariales, a la vez que como proveedor de herramientas basadas en la eficacia técnica para la autogestión de los recursos personales ofrecidos por la cultura terapéutica.

En suma, proponemos aquí dos consecuencias de la hiperindividualización promovida por la Psicología y el discurso neoliberal. Por un lado, las inagotables

exigencias contemporáneas generan sufrimiento en los individuos que no logran cumplir con tales requisitos. Por otro lado, la priorización del mundo individual genera que el sujeto renuncie al espacio político y que se exima de responsabilidad a los aspectos estructurales que generan precarización de la vida. Por eso, como apartado final de este artículo, presentamos dos alternativas a las formas de psicologización: el análisis y cuestionamiento, y la restitución del ámbito social en las relaciones humanas.

Metodología

Con base en el interés genealógico de Michel Foucault, nos guiamos metodológicamente por su propuesta derivada: la *ontología del presente* (Foucault, 1994), que tiene por objeto de estudio las formas de ser sujetos en la actualidad, las cuales se reconocen atravesadas por sistemas normativos y de saberes. A raíz de un ejercicio investigativo que busca responder a la pregunta por cómo las subjetividades del presente se relacionan con la gubernamentalidad neoliberal y con el régimen de verdad de la Psicología positiva, nos acogemos a la propuesta de Dreyfus y Rabinow (2001) cuando sugieren iniciar estas indagaciones con un diagnóstico que permita identificar cómo operan las manifestaciones del poder a través de tecnologías que impactan la vida de las personas.

Es pensando en ese diagnóstico que surge esta construcción, puesto que para comprender la relación entre las subjetividades promovidas por la Psicología positiva y la gubernamentalidad contemporánea, se hace necesario detenernos en la relación más amplia que ha sostenido la Psicología, en tanto disciplina, con intereses políticos (Foucault, 1979) y, específicamente para nuestro interés, con el neoliberalismo. Así, hemos asumido como principios epistemológicos que la verdad responde a condiciones particulares de cada grupo y época, es decir, no es externa a la vida en sociedad; y que los seres humanos no podemos ser pensados por fuera de la historia de la que somos resultado (Dreyfus y Rabinow, 2001).

Disciplinarización y regímenes de verdad

Siguiendo a Foucault, la disciplina en los saberes tiene que ver con la manera en que se limita y controla la producción de nuevos discursos (Castro, 2018). En este sentido, la disciplinarización implica el establecimiento de criterios que debe cumplir un campo discursivo, en la medida que comprenda un conjunto de objetos, métodos, referencias teóricas, técnicas e instrumentos que lo lleven a ser reconocido como verdadero y científico. La etapa más importante para la disciplinarización del conocimiento fue la Modernidad, pues estuvo marcada por la lucha entre saberes. Más precisamente, en el siglo XVIII se dio una organización del saber técnico a partir de las exigencias que trajeron los cambios económicos y las nuevas formas de producción. Como consecuencia, surge una tensión alrededor de los saberes que, finalmente, son intervenidos por el Estado con el fin de disciplinarlos.

La importancia de este viraje se remonta al siglo XVII debido a que la disciplinarización empieza a funcionar con carácter secular, dejando atrás la religión como único fundamento de los procesos de regulación del conocimiento y de las instituciones; como resultado, en esta época se fortalece la disciplinarización en diferentes ámbitos referentes a lo militar, productivo, sanitario, educativo y familiar (Foucault, 2007). De hecho, es esta última institución quien articula los múltiples dispositivos disciplinarios, pues les brinda promoción y garantía de continuidad a lo largo de las vidas individuales. La importancia que se le dio a la familia implica la creación de mecanismos sustitutos para cuando esta deja de funcionar según lo esperado. Es justamente en ese escenario donde surge la *función-Psi* (psiquiatría, psicoanálisis, psicología, psicoterapia), que alude no solo al discurso, sino también a las instituciones y al individuo psicologizado. Así, la función-Psi aparece con el objetivo de refamiliarizar personas cuando fuese necesario y de organizar un entramado disciplinar que permitiera, incluso, sustituir a la familia en su propósito de soberanía cuando esta falle. Más adelante, esta función se extiende a otros sistemas que requerían el disciplinamiento de individuos considerados desviados, como las escuelas, los hospitales, las cárceles, las fábricas y el ejército. Según Foucault (2007), desde entonces, la función-

Psi cumple un papel disciplinar y, ya para el siglo xx, era simultáneamente discurso y herramienta de control de los sistemas disciplinarios.

Para abordar el proceso de disciplinarización de la Psicología, se debe tener en cuenta el lugar protagónico que en él ocuparon las ciencias naturales. En el siglo xix, la Psicología persiguió el carácter de disciplina científica para justificarse, por lo que abandonó sus formas clásicas de validación y adoptó criterios de verdad de otros campos del conocimiento positivo, es decir, técnicas y parámetros positivistas que la alejaran del fundamento filosófico, mientras avanzaba en conocimientos orientados a la producción de verdades sobre lo humano y que fueran favorables a la conducción de las poblaciones a través del mapeo, la clasificación y la predicción de las individualidades (Bedoya, 2018; Rose, 1996). Así, la adopción de la estadística y la experimentación en laboratorios contribuyó a este proceso de positivización, pues permiten un vínculo entre la teoría y la técnica (Bedoya, 2018).

Desde principios del siglo xx las leyes estadísticas fueron consideradas autónomas y se debía acceder a ellas a través de herramientas como los *test*, que otorgaban validez a los estudios e investigaciones psicológicas en la medida que se presentaban como desarrollos neutros que, al estar alejados de los aspectos históricos, culturales y humanos, podían ofrecer explicaciones científicas no solo en el campo de la Psicología, sino en todo conocimiento social (Rose, 1996).

Por otra parte, la Psicología recurrió a la experimentación pues le permitiría formar alianzas con autoridades académicas, científicas e, incluso, financieras (Rose, 1996). Para eso, se dejó atrás el participante humano como ente activo en la generación de conocimiento, pasando a ser un mero aportador de datos. La implementación del método experimental demandó la adopción de medidas técnicas que aseguraran la producción estable y repetible de datos calculables y susceptibles de comparación, con el fin de materializar la teoría a través de la manipulación supuestamente neutral de los individuos que la mera observación no ofrecía.

Lo anterior dio cabida a la construcción de regímenes de verdad que le brindaron un carácter científico a los conocimientos especulativos sobre lo psicológico. Tales regímenes tienen lugar en complejos aparatos de verdad,

como conferencias o publicaciones académicas que les dan difusión y continuidad; además, propician alianzas por medio del establecimiento de categorías, lenguajes y teorías comunes entre los productores del conocimiento psicológico y sus consumidores. En suma, los regímenes de verdad contribuyeron al ordenamiento de los resultados obtenidos por la estadística y la experimentación a partir de sistemas de clasificación de los fenómenos psicológicos y de la diferencia individual, lo cual sirvió a objetivos particulares de los Estados y las instituciones.

Psicología como tecnología de gobierno

Ya hemos señalado el origen disciplinar del régimen de verdad de la Psicología, que no tiene fundamento epistemológico ni empírico, sino que su fuerza reside en el carácter estratégico que posee. En este sentido, a través de las verdades psicológicas se teoriza e intentan solucionar problemáticas individuales y sociales elaborando técnicas por medio de las que se conduce a los sujetos a que configuren su vida de manera conveniente a intereses gubernamentales y en sintonía con lo que se ha determinado normal. Así, se reafirma la relación entre la disciplinarización de la Psicología y el gobierno, tanto de las poblaciones como del proceso mismo de la disciplina (Bedoya, 2018).

Dicho vínculo se dilucida más claramente en las estrategias subyacentes al proceder psicológico y, en general, psicocientífico mencionadas por Bedoya y Castrillón (2018): la primera es la vectorización, que se refiere al ofrecimiento de indicadores sintomáticos y un lenguaje asociado que permite a cada individuo reconocerse entre categorías como normal, neurótico, depresivo, ansioso, entre otras, a través de las cuales el mismo sujeto determina su condición de sano o enfermo; la segunda estrategia es la eticalización, dado que la Psicología señala cómo deben ser o actuar las personas para evitar o sobrellevar la enfermedad mental, de este modo, se refiere a la ética en tanto rige la relación que se establece consigo mismo; por último, se utiliza la estrategia de reconducción, ya que se decretan prácticas orientadas a la gestión de la conducta de los enfermos mentales y a la recuperación de su salud o el manejo positivo de su condición.

Para dar sentido a la relación que venimos afirmando, es necesario tener en cuenta que, como se dijo al principio, adoptamos la acepción de gobierno propuesta por Michel Foucault, la cual comprende el ejercicio gubernamental más allá de las instituciones o estructuras económicas, políticas y estatales, optando por entenderlo como los “modos de acción, más o menos pensados y calculados, destinados a actuar sobre las posibilidades de acción de otros individuos. Gobernar, en este sentido, es estructurar el posible campo de acción” (Foucault, 2001, p. 15).

En efecto, el discurso psicológico y las prácticas que este promueve constituyen una tecnología gubernamental, pues posibilitan las estrategias y técnicas para la conducción de la conducta de los individuos por medio del establecimiento de normas, valores e imágenes que moldean la forma en que se entiende lo humano, se establecen sus virtudes y defectos, y se determina su salud o enfermedad. Basándose en esto, a los programas, planes y sueños que regulan la vida de los sujetos contemporáneos suelen integrarse objetivos de corte psicológico (Rose, 1996). Así, consideramos que las verdades psicológicas se instauran en todos los ámbitos de interacción humana con el objeto de disciplinar, vigilar y formar; por esta vía se pretende conducir a las personas de un modo específico, del que resulta siendo paradigma el sujeto dócil y productivo que las empresas o instituciones requieren.

Autoridades sociales y epistemología institucional

La Psicología ha sido efectiva como forma de gobierno porque se ha instalado en lo más profundo de las instituciones de autoridad social, pero esta estrategia no es novedosa, ya las creencias y prescripciones religiosas han sido fundamento para guiar el proceder institucional y la conducta individual en diferentes momentos de la historia, en tanto proveen un sistema interpretativo de la realidad que logra ofrecer explicaciones y medidas reguladoras de la experiencia humana. En el curso *Seguridad, Territorio y Población*, Foucault (2006) expone que el Estado moderno incorporó en su forma de gobernar el poder pastoral al apoyarse en un conjunto de técnicas propias del cristianismo cuyo principal objetivo era alcanzar la salvación tras la muerte. Así, esta forma de poder se

interesa no solo por gobernar la comunidad, sino también a los individuos a lo largo de su vida, lo que implica un acercamiento a su mundo interior.

Aunque los avances científicos han ido desplazando las creencias religiosas como principales orientadoras del actuar, el poder pastoral, modelo de las instituciones cristianas, lejos de desaparecer, fue adaptado para coexistir con otros mecanismos de poder en la organización política del Estado Moderno (Foucault, 2001). Para comprender esto es importante aclarar la distinción entre dos elementos que subyacen al poder pastoral: “la institucionalización eclesiástica, que ha desaparecido, o al menos perdió su vitalidad desde el siglo XVIII, y la función de esta institucionalización, que se ha extendido y multiplicado fuera de la institución eclesiástica” (Foucault, 2001, p. 9).

En *El sujeto y el poder* (2001), Foucault hace algunas anotaciones a considerar sobre las particularidades de este poder pastoral renovado: ya no intenta guiar a las personas hacia la salvación extraterrenal, sino que la idea de salvación empezó a ser asociada con el aseguramiento, la salud y el bienestar a los que se aspira en vida terrenal; además, implica un incremento de los funcionarios del poder, que empieza a estar en manos de una multiplicidad de agentes de carácter tanto público como privado, tales como la policía, la familia, la medicina, las empresas y las escuelas. Finalmente, esta reorganización demanda que la producción de conocimiento se dé en dos niveles: el orientado a globalizar y cuantificar los diferentes aspectos de la población, y el enfocado al análisis de los individuos.

Es así como la Psicología logró instaurarse de manera efectiva en estas nuevas instituciones de poder pastoral, pues possibilitó los medios técnicos y los conocimientos necesarios para alcanzar bienestar y salud mental, nuevas metas de salvación; también contribuyó a la proliferación de agentes del poder pastoral que difunden y ejecutan técnicas psicológicas, a la vez que se consolidan como figuras de autoridad que pueden conocer y conducir la conciencia de las personas; finalmente, permitió desarrollar, difundir y dar estatus científico al conocimiento en las dos vías requeridas, es decir, dio paso a la configuración de teorías sobre lo humano tanto de forma individual como cuantitativa y estadística, a través de postulados supuestamente universales para avanzar en el manejo de poblaciones.

Por eso, consideramos que la Psicología ha sido conveniente y funcional para la legitimación de las instituciones de autoridad social. Este proceso de vinculación del gobierno de la conducta con la Psicología ha sido posible gracias a tres estrategias identificadas por Rose (1996). La primera, es que la Psicología desarrolló una serie de autoridades a las que se les reconoce posesión de verdades y dominio de técnicas psicológicas, tales como consejeros, psicoterapeutas, psicólogos educacionales, clínicos e industriales. La segunda, tiene que ver con la participación de la Psicología en la creación de problemas y objetos sobre los que se puede ejercer una autoridad social justificada en verdades que se reconocen como objetivas; surgieron entonces nuevas formas de control basadas en las categorías de normalidad y riesgo, administradas y diagnosticadas por los “expertos”. La tercera estrategia consiste en que la Psicología sostuvo la atribución ética a terminologías y técnicas empleadas por los sistemas de autoridad preexistentes, lo que implicó una transformación en las instituciones puesto que el ejercicio de su autoridad empezó a incluir objetivos terapéuticos que ya no buscan tanto ordenar y controlar, sino que las personas se gobiernen a sí mismas. En esta medida, el ejercicio de autoridad no se limita al ámbito de la exterioridad, sino que se instaura como práctica ética, es decir, como una forma en que los mismos individuos se autorregulan y conducen como consecuencia de la interiorización de normas fundamentadas en el conocimiento psicológico.

Sumado a lo anterior, Rose (1991) refiere que la toma de decisiones por parte de actores gubernamentales se basa en conceptualizaciones, técnicas y sistemas clasificatorios que determinan un “deber ser” de la subjetividad determinado por las verdades psicológicas. De tal manera, se da una coalición en la que intervienen múltiples actores que ejercen el poder calculada y eticalizadamente a través de prácticas orientadas a la intervención de la conducta humana. Justamente en esas alianzas de gobierno la Psicología ocupa un lugar fundamental, pues promete racionalizar estas prácticas para sistematizar y simplificar las formas en que las autoridades visualizan, evalúan y diagnostican la conducta de sus sujetos humanos y se relacionan con ellos (Rose, 1991).

Afirmamos entonces que la epistemología que fundamenta la Psicología es de naturaleza institucional, pues esta disciplina encontró su fortaleza en la

codificación de las variaciones conductuales cuando los aparatos disciplinares requerían control y estabilidad entre sujetos (Rose, 1996). Así, los juicios y normas institucionales funcionaban en clave del conjunto de fenómenos que la Psicología podría explicar e intervenir, incluso hasta llegar a que la veracidad de los postulados de la disciplina dependiera de que fueran aplicables a las necesidades de aparatos institucionales, tales como la familia, la educación y el trabajo.

Gobierno psicológico de la vida cotidiana y de la subjetividad

Las verdades producidas por la Psicología y reproducidas a través de figuras de autoridad se integraron a la vida de las personas hasta permear la manera en que percibían cotidianamente la sociedad y sus experiencias. Esto fue posible gracias a que la fuerza social de la Psicología radica, según Rose (1991), en la problematización de la conducta humana respecto a la ética, los juicios sociales y los sistemas diagnósticos. Para esto, recurre a la traducción de los términos e ideas disciplinares a un lenguaje cotidiano, que permite a las personas encontrar formas de nombrar sus sentires, problemas y estados subjetivos, pero especialmente, asumir tal lenguaje en la vida cotidiana y adaptar su conducta a los lineamientos dictados por ese régimen de verdades (Bedoya, 2018; Bedoya y Castrillón, 2018; Illouz, 2007; Papalini, 2013; Rose, 1996).

Dicho lo anterior, sostenemos que la Psicología se ha encargado de producir una serie de técnicas que operan sobre espacios personales y cotidianos mientras proveen a la población de conceptos que permiten identificar metas y disfunciones tanto propias como en los otros. A su vez, tal dinámica posibilita generar autodiagnósticos que pueden inducir a la decisión de tomar un autotratamiento y a la dirección del comportamiento en consecuencia. Sin embargo, cuando la autorregulación no es suficiente para solventar los problemas de la existencia, aparece la reconocida autoridad de la Psicología para ofrecer, por medio de sus prescripciones, la superación del malestar y la promesa de ser “su mejor versión”.

Es así como la inserción de la disciplina psicológica en el ámbito cotidiano llevó a una psicologización de la realidad individual, social y política en la medida que estos espacios se problematizan cada vez más y se comprenden por medio de una taxonomía psicológica; de hecho, la generalidad de las psicociencias se ha configurado como rejilla interpretativa del mundo y herramienta privilegiada para enfrentar las vicisitudes de la condición humana (Bedoya, 2018). De esta manera, la Psicología le confiere una nueva dimensión tanto al ejercicio de gobernar a los otros como a la toma de decisiones cotidianas de cada individuo (Rose, 1991). Por eso, sumamos a nuestras consideraciones la idea de que la Psicología es una forma de conducción, no solo de los sujetos, sino también de la sociedad, que posibilita así que en ella se concrete una herramienta que articula el gobierno individual y el gobierno de la población.

Por otra parte, la inserción de la Psicología en la experiencia humana implicó una psicologización del yo (Álvarez-Uría, 2006), que se refiere a la comprensión de la experiencia individual como mediada por una interioridad desconocida y profunda que ha de ser explorada con miras a cumplir con el ideal de un sujeto psicológico. Así, en el discurso y proceder de la disciplina psicológica existe un abordaje de orden ético, puesto que genera y difunde dictámenes sobre las formas de subjetivación prototípicas que corresponden a lo que se considera deseable; esto se evidencia en la introducción de parámetros que pretenden ordenar la experiencia psíquica y anímica con base en un modelo de comportamiento fundado en la distinción entre normalidad y anormalidad, generalmente traducida en un intento eufemístico como salud y enfermedad. Pero las prescripciones no se limitan a señalar un deber ser de las subjetividades, sino que la Psicología también indica las prácticas que debe implementar cada persona para conducir su vida hacia un estado de salud mental (Bedoya, 2018). Así, el sujeto psicológico es la piedra angular sobre la que se instaura el conocimiento de la Psicología acerca de lo humano que, como ya se ha expuesto, implica técnicas, sistemas de clasificación y prácticas de reconducción de las subjetividades hacia estándares normativos.

Gobierno psicológico del *yo* e individualismo

La Psicología convirtió en objeto de conocimiento el espacio psicológico con el objetivo de comprender y dirigir las emociones, el comportamiento y la subjetividad de los individuos. De esta manera, los conceptos psicológicos ya no solo servían para hacer inteligible la realidad externa, sino también para que los individuos hablaran sobre sí y reconfiguraran la relación que tenían con ellos mismos, así, la Psicología influyó sobre el modo en que existimos, pensamos, nos relacionamos y nos expresamos (Rose, 1996). Consecuentemente, dio paso al advenimiento del *yo* psicológico, que responde a leyes propias y es inteligible, racionalizable y positivo, en tanto objeto de posible conocimiento.

El espacio psicológico interno se instaura entonces como fuente absoluta de las soluciones, las verdades y los conocimientos posibles sobre todo lo que ocurre (Papalini, 2013). Esto tuvo como consecuencia el debilitamiento de las referencias sociales tradicionales que habían funcionado como mediadoras en la relación de los sujetos con el mundo. En esta medida, como es el “sí mismo” lo único reconocido como auténtico, no se aceptan límites o contradicciones que provengan de otro, lo que lleva a que la autorreferencia sea el único parámetro de verdad y que esta pase a ser exclusivamente subjetiva, no objetiva ni construida con la participación de otros (Papalini, 2013). Consideramos que esta escisión del *yo* respecto a la comunidad resulta en el debilitamiento de la ética colectiva: se descalifica lo diferente o externo en tanto tiene un origen distinto al *yo* y, por lo tanto, está excluido de lo que es verdadero.

Asimismo, el espacio psicológico se configura como objeto propicio para que la Psicología construya un conocimiento sobre lo humano y lo utilice con fines gubernamentales a partir de la idea de que existe una constitución interna subyacente a todos; tal dinámica permea el espacio privado e íntimo de las personas pues, como argumenta Bedoya (2018), es imprescindible actuar sobre las creencias, los pensamientos y las emociones de aquellos a los que se busca gobernar. Con todo esto, la psicologización del *yo* ha llevado la sociedad a un nivel de individualización tal que se ha posibilitado la instalación de una forma de gobernar en la que se desplazan las funciones públicas al ámbito de

lo privado por medio de la desestimación de aspectos contextuales que limitan las posibilidades de cada persona y de la exaltación de la capacidad que tienen los individuos para resolver las contingencias y suplir sus necesidades haciendo uso exclusivo de los recursos que el yo les provee, pues el sujeto tiene en su interioridad las claves para el acceso a la felicidad y al crecimiento personal (Papalini, 2013). Así, al ser considerado omnipotente, el sujeto también es único responsable de sus propias condiciones, pues se presume que, por medio de la adecuada gestión de la imaginación, la concentración, las aptitudes personales, entre otros aspectos psicológicos, puede lograr modificar su mundo material. Consecuentemente, se considera que si no se logra cambiar la realidad personal es porque esta meta no ha sido asumida con suficiente determinación y disciplina; ya no es necesario transformar las circunstancias exteriores para acceder a una vida de bienestar, pues solo en el *sí mismo* reside la posibilidad de vivir conforme al deseo.

Psicología y gubernamentalidad liberal y neoliberal

Ahora bien, la promoción del individualismo por parte de la Psicología no fue un proceso aislado, sino que tuvo una estrecha relación con las lógicas instauradas por la filosofía y las prácticas del gobierno liberal consolidadas para el siglo XIX (Bedoya, 2018). Contrariamente a la pretensión inicial de que la Psicología fuera reconocida por hacer visibles verdades incuestionables sobre lo humano, esta adquirió su carácter disciplinario gracias al papel que desempeñó en la solución de las problemáticas que identificaba el gobierno al buscar controlar desde la intimidad y la autonomía (Bedoya, 2018; Rose, 1991).

Esto, según Rose (1991), se sustenta en que el funcionamiento de la gubernamentalidad liberal implica la inserción en espacios privados que antes eran ajenos para el ejercicio de la autoridad, donde empezó a tener impacto en la economía nacional, la salud y el bienestar. Como ya hemos mostrado, la Psicología, al igual que el resto de psicociencias, provee los medios necesarios para vincular esos espacios íntimos con el gobierno, a la vez que respalda la instauración de autoridades expertas que intervienen con el objetivo de regular. Además, el reconocimiento de la Psicología como campo de producción de

saber válido es fundamental para que sean aceptadas como científicas las técnicas que dan carácter racional al ejercicio del gobierno liberal. Entonces, se promueve una ética individualista y competitiva donde se concibe al sujeto como autónomo y libre, a la vez que se reconoce cada uno de los aspectos de su vida como consecuencia de elecciones, motivaciones y aspiraciones propias; así, la disciplina psicológica adquiere un papel central en tanto favorece la construcción, la promoción y la regulación de tal autonomía.

No obstante, a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX emerge la “crisis del liberalismo”, en la cual se cuestiona la conveniencia de que el Estado participe en las lógicas del mercado. Este hecho dio paso al surgimiento de la gubernamentalidad neoliberal en los años 80 del siglo XX (Foucault, 2007; Laval y Dardot, 2013), trayendo consigo discursos, prácticas y técnicas enfocadas en responder a las nuevas necesidades del mercado, del Estado y del gobierno de los individuos. Tal forma gubernamental se aleja de la provisión de seguridades por parte del Estado y se limita a establecer condiciones que aseguren una participación supuestamente equitativa y libre de los actores económicos en el juego de la competencia (Castro-Gómez, 2010). Otras características a destacar del neoliberalismo son (Bedoya, 2018): en primera instancia que, a diferencia del liberalismo, su eje principal no radica en el consumo sino en la competencia, entendida como la relación de desigualdad entre empresas; por otra parte, el Estado se constituye como una empresa que también debe funcionar de acuerdo con la lógica de la competencia. Finalmente, este principio va más allá del ámbito estatal para impregnar todas las esferas del sujeto, incluyendo la relación consigo mismo.

Así, los Estados transformaron sus objetivos gubernamentales para virar hacia el fortalecimiento del libre mercado y el adecuado funcionamiento económico, haciendo necesaria la proliferación de cuerpos fuertes y dóciles que favorecieran tanto los procesos de producción como los de consumo. Pero, los requerimientos del neoliberalismo fueron más allá: se demandó una nueva forma de ser y de pensar, una subjetividad en la que el sujeto y la vida misma se capitalizan (Brown, 2017). En otras palabras, el neoliberalismo configura formas de vida en las que el mercado es principio y eje central (Bedoya, 2018), en consecuencia, los sujetos se asumen como activos en el proceso

de “realizarse a sí mismos” mediante el mejoramiento de su rendimiento en actividades profesionales y demás aspectos de su vida personal.

El discurso neoliberal también se fundamenta en la difusión de ideales y prácticas regidas por la lógica empresarial, promoviendo así la competitividad e impulsando la gestión hiperindividualizada del propio capital. Con esto, se puede afirmar que el neoliberalismo se sustenta en dos ejes primordiales: la empresa, que pasa a ser modelo de subjetivación, y la competencia, que se instaure como principio que rige la conducta individual, institucional y estatal (Laval y Dardot, 2013). Así, todas las esferas de la vida son permeadas por el espíritu empresarial, de manera que se ha afianzado la idea de capital humano (Castro-Gómez, 2010; Foucault, 2007; Laval y Dardot, 2013), gracias a la cual los individuos quedan exhortados a pensar la propia existencia como un capital en el que se debe invertir constantemente para que aumente su valor (Castro-Gómez, 2010). Teniendo en cuenta lo anterior, la gubernamentalidad neoliberal aborda tanto la exterioridad de los individuos como la construcción subjetiva que han hecho de sí. Es por esto que, tal como señala Bedoya (2018), en el neoliberalismo se articula el gobierno de los otros y el gobierno de sí en torno a la empresa como dispositivo, con lo que se ordena la vida según las necesidades de la producción y de consumo.

Retomando lo planteado anteriormente, podemos aseverar que la disciplina psicológica es importante para el neoliberalismo en tanto propicia que sus valores y objetivos sean internalizados por los sujetos, de modo que ya no sea imprescindible llevar a cabo complejas estrategias de mando, sino que se ponga en circulación, mediante la Psicología, técnicas y herramientas con las que cada individuo se considere poseedor de los recursos necesarios para autorregularse, capacidad que a la vez se plantea como de máximo deseo gracias a los múltiples beneficios que acarrea en la escala de valores del mundo contemporáneo. Para esto, la Psicología ha influido en la creación de la noción de un sujeto ideal que es responsable de sí mismo y tiene la capacidad de tomar decisiones, de diseñar su estilo de vida y de resolver problemas apoyado únicamente en la adecuada gestión de sus potencialidades subjetivas, tales como la capacidad de liderazgo, de flexibilidad, de creación, de resiliencia, entre otras.

Se puede afirmar, entonces, que la forma de subjetividad moldeada por la Psicología es totalmente coherente con los ideales de subjetivación emprendedora que subyacen a la gubernamentalidad neoliberal, en la cual se espera, por ejemplo, que los sujetos tengan una robusta capacidad de adaptación a condiciones constantemente variables. Otro desarrollo en este sentido es que el interés del neoliberalismo en incentivar la competencia encuentra respaldo en propuestas de la Psicología Positiva, donde se expone que las culturas individualistas producen mayores niveles de satisfacción, pues ofrecen un entorno que incita a las personas a luchar por su realización personal (Diener et al., 1995; Veenhoven, 2010).

Culturas terapéuticas y mercantilización del yo

El neoliberalismo demanda transformaciones no solo en lo que se hace, sino que es mucho más enfático en lo que se debe ser, por lo que hay una necesidad constante de capacitación y fortalecimiento de aptitudes, es decir, se debe moldear la personalidad de cada individuo para que, en tanto capital, aumente el valor que se le reconoce socialmente y así pueda acceder al empleo o a ascensos en el ámbito laboral (Castro-Gómez, 2010; Papalini, 2013). Y es, justamente, la Psicología una disciplina que desarrolla, sustenta y promueve herramientas para tal manejo adaptativo de las subjetividades, fundamentando prácticas de control y fomentando una ética de autoconducción en torno a los principios y valores homogeneizadores que requiere el neoliberalismo.

Con toda la responsabilidad del éxito puesta en la capacidad de autoconducción, la Psicología ofrece una serie de técnicas que prometen optimizar el rendimiento de los sujetos hasta niveles inesperados (Han, 2014). Tales técnicas son sustentadas y difundidas a través de libros, revistas, páginas web, redes sociales, *podcasts*, programas de radio y televisión, entre otros. Este conjunto de recursos da paso a la llamada “Cultura terapéutica” (Illouz, 2010; Papalini, 2013), que es precisamente el entramado de creencias, saberes y prácticas alineadas con la idea de que el sufrimiento humano debe ser eliminado a toda costa o ser llevado a su mínima expresión, a través de

propuestas eclécticas que prometen bienestar permanente y una mejora en la actuación cotidiana de los sujetos.

Es con esta cultura terapéutica que prolifera el mercado de “sí mismo”, consistente en una variedad de ofertas comercializables presentes en cada ámbito de desempeño, las cuales están dirigidas a que cada individuo se convierta en un experto de sí (Castro, 2014). Tal omnipresencia de rutas hacia la transformación de sí refuerza la sensación de insuficiencia entre los individuos inmersos en el gobierno neoliberal, donde el “llegar a ser” debe ser central en la vida en tanto horizonte que se persigue, pero nunca es alcanzado. Por otra parte, los sujetos que no se adaptan al propósito, más que representar un obstáculo al interpelar el funcionamiento del sistema, se convierten en vidas patologizadas que son remitidas a aumentar la demanda de productos psicológicos, en tanto estos últimos prometen eliminar la “desviación.

Un asunto que se evidencia con el fortalecimiento e interiorización de la cultura terapéutica es la mercantilización de la Psicología. La psicologización de la vida cotidiana amplía sus fronteras, se renueva y se adapta a las necesidades del gobierno neoliberal mediante la instauración de la Psicología como servicio o producto comercializable, incursionando con fuerza en el mercado. De hecho, la Psicología no solo responde a las demandas del medio, sino que también crea nuevas necesidades que aparentemente solo a través de ella se pueden satisfacer. Así, los productos de la cultura terapéutica cada vez tienen más presencia en el mercado, hasta el punto de ser pensados como bienes y servicios de consumo tradicional (Pons, 2008); esto debe ser tenido en cuenta porque hace parecer la dependencia de ayudas y refuerzos psicológicos como algo que ha estado siempre y cuya adecuada gestión da valor a toda vida humana.

Un ejemplo claro de la mencionada mercantilización de la Psicología y de la utilidad que esta le ofrece al neoliberalismo son las estrategias de persuasión y consumo que recurren a suscitar emociones; estas son utilizadas de manera implícita en recursos publicitarios y campañas electorales, entre otros discursos que se venden como racionales y objetivos debido a su gran capacidad movilizadora y persuasiva. En este sentido, es posible pensar que lo que se intenta vender no son los productos y servicios, sino emociones deseables a través de una transacción económica.

Consecuencias individuales, sociales y comunitarias

Las demandas subjetivas promovidas por el neoliberalismo y sustentadas en la Psicología conllevan una serie de consecuencias a nivel individual y social de gran envergadura. Respecto al ámbito individual, las expectativas y responsabilidades puestas en un sujeto que debe aumentar su valor, han hecho que sea imperativo disponer la vida en función del rendimiento y el goce ilimitados (Laval y Dardot, 2013), y de una constante e interminable inversión en sí mismo (Brown, 2017) que termina acentuando la autoexplotación (Han, 2014), tan característica de quienes son gobernados por regímenes neoliberales. Todo esto, con el fin de que cada ciudadano llegue a desempeñarse adecuadamente y pueda adaptarse a una sociedad regida completamente por la competencia. Tales requisitos asociados a modificaciones en la personalidad, al mantenimiento de un ánimo positivo y a la disposición productiva, en ocasiones exceden los recursos individuales disponibles para la consecución de todo aquello que se plantea como ideal para la vida contemporánea. La consecuencia de esta autoexigencia desmedida es un reemplazo de la coacción externa por un disciplinamiento interiorizado que propende al rendimiento y resulta en agotamiento, descontento y culpabilización si no se cumplen los niveles de explotación que el mismo individuo se ha fijado (Han, 2014). De esta manera, las crisis y las problemáticas sociales se convierten en crisis individuales; el sujeto que fracasa o no cumple con el prototipo de éxito se culpa a sí mismo y no a la sociedad.

La promoción del sujeto libre y autosuficiente implica que este sea concebido como el encargado de proporcionarse a sí mismo el acceso a salud, educación, trabajo y bienestar, convirtiéndolo en un sujeto-cliente que debe mantenerse en la dinámica del mercado para poder solventar todas sus necesidades. Esto es lo que ha posibilitado que no se responsabilice al sistema neoliberal y a las condiciones estructurales que este acarrea de la precarización de la vida, las problemáticas sociales y muchos de los padecimientos individuales; en este sentido, nos unimos a Pons i Antón (2008) cuando afirma que la psicologización de la vida cotidiana elabora y naturaliza un discurso en el que se elimina la culpabilidad del sistema político, económico y social. Es por esto

que el individualismo, tan conveniente para el gobierno neoliberal, promueve la satanización de la intervención solidaria por parte del Estado, la eliminación de la responsabilidad social y el compromiso comunitario, y la devaluación de la lucha por la igualdad social, dado que todos estos elementos pierden sentido frente a las condiciones de una forma de vida en la que la única seguridad que se busca proporcionar a cada individuo es que tenga los medios estrictamente necesarios para que pueda participar como competidor en el mercado (Castro-Gómez, 2010).

A la vez, quienes no aprovechan las adversidades como una oportunidad para transformar sus circunstancias o a sí mismos, son señalados como sospechosos de merecer, e incluso querer, su propio malestar; en esta medida, no solo se impone la exigencia de ser felices y capaces, sino que resulta vergonzoso el no lograr hacer frente a las adversidades y superar el sufrimiento. La solución que se propone a lo anterior es la disponibilidad permanente de productos terapéuticos que prometen entregar al sujeto herramientas para una mejorada autogestión. Por su parte, a aquellos individuos que no participan en tal dinámica de oferta y demanda de productos psicológicos se les augura no poder desenvolverse con suficiencia en el mundo social y mucho menos en el laboral, por lo que sus posibilidades de tener un trabajo que se adapte a las expectativas se minimizan; en este sentido, la idea de “ser empresario de sí” conlleva una gran incertidumbre y puede generar para muchos situaciones de profunda carencia como consecuencia de la falta de seguridades vitales básicas.

En la vida cotidiana hay innumerables situaciones ejemplificadoras de las consecuencias de la psicologización de la vida, como que se intente explicar el maltrato a las mujeres, la violencia urbana, la delincuencia juvenil, las drogodependencias y demás problemáticas sociales, únicamente por medio de lo que Pons i Antón (2008) llama “comodines psicológicos”, tales como la familia desestructurada, traumas infantiles, baja autoestima, entre otros, dejando de lado los aspectos sociales y políticos que juegan un papel fundamental. Otro ejemplo es cuando se juzga a los trabajadores por no aceptar las condiciones precarias e injustas de la empresa, a la vez que se les culpa del fracaso tanto propio como de la empresa misma, sin detenerse

en cómo las condiciones laborales y sociales que escapan a la capacidad de maniobra de los individuos afectan su calidad de vida y rendimiento. Un tercer ejemplo, es la relación simplista que se establece entre la pobreza y la falta de aprovechamiento de los recursos personales, de modo que los sujetos empobrecidos son pensados como un inmenso conjunto de individualidades que no han sabido administrar sus capacidades y oportunidades —como si todos tuviéramos oportunidades iguales en cantidad y calidad—, ni han logrado orientarlas adecuadamente para tener un empleo (Bedoya, 2018).

Así, los problemas cotidianos son individualizados y se quita responsabilidad a las instituciones financieras, a las empresas, al Estado y, en general, se niega la participación que tales factores estructurales, culturales y sociales, puedan tener en ellos. En ese mismo hilo de pensamientos se sostiene que la riqueza, la pobreza, la salud, la enfermedad, el éxito, el fracaso, entre otros, son siempre vistos como resultados del propio accionar, legitimando la idea de que “no hay problemas estructurales, sino solo deficiencias psicológicas individuales; en definitiva, que no existe la sociedad sino solo los individuos” (Cabanas y Illouz, 2019, p. 19). Todo esto implica una ruptura de los lazos sociales y comunitarios donde antaño el sujeto encontraba respuesta a sus preguntas y solución a sus problemas, mientras ahora es conducido a buscar solamente dentro de sí, a pesar de que es justamente ese individualismo el causante de su soledad y abandono, cayendo en un ciclo de culpa sin fin.

Finalmente, otra consecuencia de esta psicologización y gubernamentalidad neoliberal es que, al exponerse de manera permanente a la cultura terapéutica, consumiendo e interiorizando los recursos psicológicos que esta ofrece, se crea un tipo de sujeto que se adentra en la mismidad revestida de profundidad. Así, los individuos han perdido interés en el ejercicio de la política, en la transformación de la que podrían tomar parte y en la incidencia en la vida pública (Álvarez-Uría, 2006). Por consiguiente, encontramos que tal psicologización y ensimismamiento han debilitado la búsqueda de alternativas de gobierno; es decir, el desinterés por la vida compartida en sociedad ha generado un apaciguamiento, regocijo y conformidad con la forma en que se ha instaurado el neoliberalismo como única forma de vida en sociedad.

Consideraciones finales: posibles líneas de fuga frente al ciclo de sufrimiento

Para finalizar, destacamos que el ciclo de culpa en el que nos sumerge el gobierno neoliberal tiene varios posibles puntos de fuga. En primer lugar, es indispensable asumir una postura crítica frente a lo que parece evidente e inamovible dentro del sistema en el que se está sumido; así, por medio del cuestionamiento y el análisis, los sujetos pueden transformarse y buscar nuevas alternativas para relacionarse con el entorno y consigo mismos. Con esto nos unimos a Foucault (2001) cuando propone que “el objetivo principal en estos días no es descubrir lo que somos, sino rechazar lo que somos” (p. 11), en tanto reconocemos la importancia de que puedan imaginarse otras formas de ser posibles que permitan al sujeto liberarse de lo que el filósofo francés llama “doble atadura”, es decir, de la individualización que se fortalece de manera paralela al poder totalitario. Más aún, desde las ciencias sociales, y especialmente desde la Psicología, es necesario que se abra espacios para discusiones y cuestionamientos en esta vía que, aunque posiblemente no impidan que la Psicología siga siendo una herramienta de la gubernamentalidad neoliberal, pueden socavar la tranquilidad con la que se ha sostenido y complejizado esta alianza al interior de la disciplina por décadas. Con esto, esperamos que se puedan idear posturas conjuntas donde, desde la enseñanza, la investigación y la práctica de la Psicología en todos sus ámbitos, se dé cabida a las posturas críticas frente a la psicologización de los fenómenos sociales y culturales.

Sumado a lo anterior, podemos retomar otro planteamiento del mismo texto de Foucault (2001), en el que se alude a cómo el rechazo a las formas de subjetividad impuestas por el proceso de individualización también es una alternativa que se nos presenta para romper con la constante culpa y agotamiento que trae consigo el gobierno neoliberal. Para esto, es fundamental volver a tener en cuenta el carácter social y comunitario de la experiencia humana, aceptando la ficcionalidad del sujeto autónomo, autosuficiente y separado del mundo, que se nos ha presentado como ideal contemporáneo. En la misma vía, sería imperativo retomar la democratización de las instituciones y de la vida pública, la dignificación de la acción política, la exaltación de los intereses

colectivos, el reconocimiento del otro y de su papel central en la configuración de la propia subjetividad, la aceptación del intercambio con los demás, el fortalecimiento de los lazos comunitarios y la construcción cooperativa de una sociedad que dignifique la vida y aporte una ética que posibilite formas renovadas de subjetivación.

Referencias

- Álvarez-Uría, F. (2006). Viaje al interior del yo. La psicologización del yo en la sociedad de los individuos. En Castel, R., Rendueles, G., Donzelot, J. y Álvarez-Uría, F. (Eds.). *Pensar y resistir. La sociología crítica después de Foucault* (pp. 101–134). Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Bedoya-Hernández, M. y Castrillón-Aldana, A. (2018). Psicociencias y gobierno de la subjetividad. *Iatreia*, 31(1), 18-28. <https://dx.doi.org/10.17533/udea.iatreia.v31n1a02>
- Bedoya-Hernández, M. (2018). *La gestión de sí mismo: ética y subjetivación en el neoliberalismo*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos*. Barcelona: Malpasso.
- Cabanas, E. y Illouz, E. (2019). *Happycracia* (Primera edición). Paidós.
- Castro, R. (2014). Psicologización de la vida. Lectura del Curso de Foucault “Le Pouvoir Psychiatrique”. *Logos. Anales Del Seminario de Metafísica*, 47, 55-79. https://doi.org/10.5209/rev_ASEM.2014.v47.45802
- Castro, E. (2018). *Diccionario Foucault*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Diener, E., Diener, M. & Diener, C. (1995). Factors Predicting the Subjective Well-Being of Nations. *Journal of personality and social psychology*, 69(5), 851–864. <https://doi.org/10.1037//0022-3514.69.5.851>
- Dreyfus, H. y Rabinow, P. (2001). *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Foucault, M. (1979). Verdad y poder. En Varela, J. y Álvarez-Uría, F. (Eds.). *Microfísica del poder* (2ª ed., pp. 175-189). Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1994). ¿Qué es la Ilustración? [Qu'est-ce que les Lumières?]. *Actual*, (28), 1-18.

- Foucault, M. (2001). El sujeto y el poder. En Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Michel Foucault. Más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (pp. 241-260). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France: 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Han, B-C. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder.
- Illouz, E. (2007). *Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna*. Buenos Aires: Katz.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo*. Gedisa.
- Papalini, V. (2013). "Tecnologías del yo": entre la gubernamentalidad y la autonomía. Recuperado de <https://static.ides.org.ar/archivo/saberespsi/2013/10/papalini2.pdf>
- Pons, I. (2008). Psicologización de la vida cotidiana. *Átopos: salud mental, comunidad y cultura*, 7, 48-53. Recuperado de http://www.atopos.es/pdf_07/psicologizacion-vida-cotidiana.pdf
- Rose, N. (1991). Experts of the Soul. *Psychologie und Geschichte*, 3(1/2), 91-99. Recuperado de <https://www.psycharchives.org/en/item/c12a9571-8135-4a47-9853-fde94baf3b71>
- Rose, N. (1996). *Inventing our Selves. Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Veenhoven, R. (2010). Life is Getting Better: Societal Evolution and Fit with Human Nature. *Social indicators research*, 97(1), 105–122. <https://doi.org/10.1007/s11205-009-9556-0>